

# ZEN

## Una ficción estética

Juan Pedro Gómez  
Universidad Católica de Murcia

En lo que hemos podido constatar, el fenómeno de la *ficción* no se presenta nunca ajeno, adherido o superpuesto al mosaico de la propia existencia. En la denominada realidad del mundo físico, cualquier clase de manifestación vital hace gala de planteamientos ficcionales más o menos sofisticados. Ya sea genética o culturalmente, las comunidades animales, y en algunas ocasiones las vegetales, instrumentan el fingimiento por medio de las estrategias de caza, a través de los rituales de cortejo, y siguiendo las pautas de complejos camuflajes de supervivencia.

Los vínculos establecidos entre el "*ser*" y el "*parecer*", como relaciones bilaterales con valor y significatividad intercambiables, ya aparecen con un aspecto de constante dinámica en la herencia evolutiva común. Tanto por selección natural como por selección artificial, el hecho evolutivo cuenta con el "*parecer ficcional*", seleccionando, depurando y mejorando las distintas y específicas técnicas de simulación.

De la máscara al enmascaramiento, los conceptos antropológicos de ocultación, intimidación, adorno y distinción se desarrollan muy especialmente en el *homo creator*, en tanto que animal simbólico capaz de elaborar un universo de símbolos e interpreta-

ciones, en tanto que ser lúdico capaz de generar juegos libres de propósitos, y en tanto que criatura trascendente de su propio medio, siempre dispuesta a configurar nuevos ambientes.

El mundo psíquico del ser humano también recoge la *ficción* en los aspectos más íntimamente ligados con la fabulación, la fantasía y los fantasmas propios de las perturbaciones, las ensoñaciones y otras propensiones tendentes al aislamiento y a la abstracción.

Pero, de todas las manifestaciones existenciales, las más sugerentes, aquellas que ofrecen un mayor atractivo ficcional para el investigador —por su complejidad y trascendencia— son, a mi parecer, las que corresponden al muy discutido y apasionante "*mundo-3*" popperiano. Instrumentos, instituciones, obras de arte, proposiciones y sistemas teóricos se ofrecen, transformacionalmente, como "objetos posibles de pensamiento"; un número infinito de objetos virtuales de pensamiento, actualizables en un número finito y muy reducido.

## ZEN

Desde una perspectiva orientalista, el *Zen* (*Dyana*, *Ch'an* o "*camino de la meditación*")<sup>1</sup> se ofrece como un atractivo campo de análisis, en todo lo que se refiere a sus manifestaciones tangibles, dado que sus tendencias de interés y energía, así como sus objetivos últimos, están sólidamente fundamentados en la autoconciencia *yogachariana* y en la anulación de los presupuestos lógicos *mahyamicanos*. Qué duda cabe que resulta un verdadero reto analítico el intento de justificación intelectual de uno de los más complejos proyectos ficcionales de la mente humana.

Afianzado en el presente, el *Zen*, que pretende trascender los conceptos de utilidad y de inutilidad para el logro de la "Utilidad Absoluta", se ve abocado a la representación *magmática* de lo inacabado, a fuerza siempre de la *anormatividad* caótica de su propia esencia. En la imprecisa e inabarcable filosofía *zenista* sólo el caos generador y productivo puede abrir las puertas de la regeneración individual.

<sup>1</sup>.- El Ch'an fue el budismo meditativo, de la escuela Mahayana, que surgió hacia el año 440 en China, creado por un conjunto de estudiosos del *Lankavatara Sutra*, del que derivó el *Zen* japonés. El primer maestro con entidad y personalidad concreta fue Bodhidharma, conocido con el sobrenombre de "*El monje que observa un muro*". La expresión *Zen* es una forma abreviada de "Zenná"(o "Zennó"), lectura japonesa del chino "Ch'an-na", a su vez sinización del sánscrito *dhyâna*.

En Japón, al fundador de la Secta *Zen* se le conoce con el nombre de Daruma. Se le atribuye la invención del *té* como bebida para mantenerse despierto en la meditación. A veces, es representado de forma humorística, como personaje regordete, andante infatigable, simpático y paciente.

Para alcanzar el *satori*, o estado de iluminación total, el ascetismo cotidiano no renuncia al silencio, a la austeridad de vida, a la frugalidad alimenticia, a la meditación ni al trabajo bien hecho. Sin embargo, no son éstos ejercicios que propendan a la liberación meritoria, más bien son la materia prima de la misma liberación, a la que no es ajena la limpieza, la belleza, la alegría y la armonía definitiva.

Libre como el aire y absolutamente imprevisible, el *Zen* crea la más compleja de las ficciones intelectivas: una filosofía "*afilosófica*" y "*adoctrinal*" capaz de concretarse en distintas manifestaciones estéticas.

Sin procedimientos, sin deuda temporal ni espacial, los resortes ficcionales del *Zen* se configuran en la propia ficción, en la fusión mimética con lo ajeno. El lastre de la razón sólo puede parcelar, delimitar, congelar, petrificar, aislar en definitiva. Por ello, la fusión con la realidad exterior se consigue insertando la propia conciencia contemplativa en la existencia del mundo exterior; es la única forma posible de despersonalización y la más rápida y efectiva para conseguir la iluminación.

**“Mira directa y profundamente en tu corazón, cuando hayas comprendido lo que eres habrás logrado la cualidad de Buda”**

Podemos pensar, por tanto, desde una apreciación esotérica, que el *Zen*, intransferible e incommunicable (*fukasetsu*), sólo permite la experimentación por parte de cada individuo aisladamente. Los enigmas oficiales del Ch'an no pretenden en modo alguno ser la respuesta de nada, ni siquiera marcar las líneas maestras de un camino de perfección,

sino facilitar el agotamiento interpretativo a través de la aceptación del "sinsentido" como fruto de la propia incapacidad de la palabra.

El *Zen* intenta trascender la palabra de forma continua, y siempre que se haya alcanzado un alto grado de perfección, a través de la misma palabra. La palabra resulta semánticamente circular, *autofágica* y aniquiladora. Sin embargo, el círculo que establece no es de la clase *viciosa*, por el contrario responde a una tipología fundamentalmente *virtuosa*. La palabra se escapa de la atadura referencial, elude la relación objetiva y se sumerge de forma impetuosa en la áspera realidad del "estar": toda una ficción indefinible e ilimitada, carente de angustia, anhelo y esperanza secuencial.

La captación fulgurante de la verdad, el *satori*, se resuelve como una inevitable ficción-antificcional. Contra el ilusorio espectáculo de los sentidos, contra el espejismo de la realidad inmediata, próxima y desbordante, el *Zen* lleva a cabo la transmutación de la nada, siempre disfrazada y maravillosa, en la nueva ficción del *todo universal*. La destrucción del espejismo racional conduce a una mística espontánea y destructiva que no admite la destrucción. La liberación del concepto, la huida del dualismo lógico, permite vaciar la mente y, de manera consecuente, alcanzar un estado de *alienación ficcional*. Ajena a la ficción racional, esta nueva ficción, libre del anclaje de los mecanismos que someten las relaciones sensitivas a los interpretantes lógicos, hace de la intuición el relámpago desencadenante de la claridad suprema.

Ahora, el camino medio ya no está ahogado entre lados; *el camino medio existe donde no hay lados ni camino medio*.

**“Cuando comas o bebas conviértete en el sabor de la comida y de la bebida, y estarás lleno.”**

Alejados de todo camino, sin dualismos en el horizonte, la liberación de la supraconciencia y la inmersión en el absoluto se convierten en un auténtico fin. Todas las actividades humanas, por humildes que éstas sean, y si humildes mejor, son un campo de influencia *Zen*.

Una actitud mental adecuada puede lograr —sin intención de logro— una proyección cuasi mágica, de unidad, belleza y perfección, en el tratamiento intuitivo de cualquier manifestación artística. La pintura, la escultura, la cerámica, la poesía, el teatro, la jardinería, los deportes y otras muchas manifestaciones del ejercicio diario japonés se encuentran bañadas por ese sutil fluido del *Zen*.

Tanto el ayer como el hoy del Japón se ven unas veces determinados, y otras auténticamente rescatados, por una actitud *Zen* minoritaria que irradia, sin embargo, sobre una gran cantidad de actividades y manifestaciones mayoritarias.

Contrastes espectaculares sólo son comprensibles en la paradójica lucha contra el contraste, en la insistencia tenaz de una ingenua disposición del "yo". La ficción se remonta a sí misma, se regenera, se "absolutiza" en la intransferible apreciación individual. Incluso la personalísima pintura moderna japonesa, la *Nihon-ga* de inspiración tradicional y la *Yo-ga* de tendencia occidental, manifiesta el desapego, la serenidad, el aislamiento y el estoicismo. Todo está impregnado de un cierto sentido místico, de una ataraxia elegante, de una serena complacencia. Los mundos de Yokoyama, de Takashi Asada, de Komei Kondo y de Kayama (en

el seno de la *Nihon-ga*) suponen un reencuentro patente con los supuestos tradicionales del *Zen*.

Nada lejos de la mística iconológica bizantina, la pintura de Yasuro Ueno, desligada de ataduras religiosas concretas, surge sencilla, primitiva, ingenua, con ese halo propio de la inspiración ritual, de la alucinación controlada, de la fabulación y de la ficción antificcional.

La armonía de la composición, el equilibrio rítmico, la precisión lineal y la pureza del color, junto al contenido espiritual y metafísico, son constantes de la pintura iconográfica bizantina y rusa. Estas mismas características pueden atribuirse a los resultados pictóricos de técnica *zenista*.

Leonard Ouspensky dice atinadamente que *"aunque la belleza y el contenido de un icono son percibidos por cada espectador subjetivamente, de acuerdo con sus capacidades, éstos están expresados por el pintor de iconos objetivamente, de forma consciente de principio a fin, superando su propio "yo" y supeditando esto a la Verdad Revelada-la Autoridad de la Tradición"*. Por otra parte, también Víctor Lazarov agrega que *"el icono ruso es la mejor expresión de la humildad divina"*. Y, por si esto fuera poco, la impasible serenidad de los iconos hace decir a Dionisio Areopagita que la belleza divina de los iconos es *"simple y benéfica, como inicio de toda perfección; aun siendo absolutamente extraña a toda parcialidad, comunica su propia luz según los méritos."*

La consciencia superadora del propio yo, la disponibilidad ante lo absoluto, junto a la concentración, la mirada introspectiva y la fijación del tiempo, son características rastrea-

bles en un muy amplio espectro de la estética oriental.

En expresión sugerente de S. Esteban, *"el icono es la puerta que abre el alma creada por Dios al trasunto del original que encierra"*. Y es, precisamente desde la otra ribera del parangón pictórico, desde donde, descartando el específico interpretante religioso, la oportunidad *zenista* aparece con una suficiencia relevante y significativa.

Con sus peculiares motivaciones y técnicas concretas, el *Zen* conecta con el otro lado del muro racional, crea una auténtica ficción evasiva de la fábula cotidiana y se *recrea en un instante fugaz*. En ese relámpago instantáneo, pero duradero en la generación estética, hasta el color puede convertirse en un pesado amaneramiento de los sentidos. La tendencia a la depuración, a la simplificación de la apreciación sensorial, se manifiesta también en un apagamiento o tamizado monocromático o cuasi-monocromático, para un mejor y más intenso disfrute de la iluminación interior. No puede resultar extraño que, de origen chino, la pintura conocida como *Suiboku-ga*, o pintura monocroma, fuera introducida en Japón por los "monjes pintores" *Zen*.

Al contrario de lo que sucede con los iconos, será el paisaje, frente a la representación antropomórfica (por muy ideal que ésta sea), el género más apropiado para el discurrir calligráfico del pincel *zenista*, con espléndidos maestros "museables", como Sesshu (1420-1506), del período Muromachi.

**“¡Qué admirable  
Quien no piensa, “La vida es fugaz”,  
Cuando ve el destello de un relámpago!”**

La experiencia de la *iluminación* personal y de la *unión* con el Buddha Naturaleza, de

formas diversas y saltando los límites de diferentes culturas, puede rastrearse en resultados estéticos tan distintos y diferenciables como *La Madre de Dios Vladimirskaia* ("la más bella de todas las imágenes", en palabras del príncipe Andrej Bogoljubskij), el *Santo rostro o Acheropita*, de la Escuela de Novgorod (S. XII), el anónimo *Díptico Wilton* (c. 1395), *El Matrimonio Arnolfini*, de Van Eyck (1434) o *Santa Bárbara*, de Robert Campin, Maestro de Flémalle (1514). El ansia de eternidad y la tendencia hacia lo Uno no es privativo de una cultura, ni siquiera de unas personas concretas; su sistemático ejercicio, su escolarización y su representación estética, tampoco lo es, por mucho que los diferentes patrones culturales mediaten, deformen o constriñan la imaginación ficcional de los pueblos. Obviamente, la espiritualidad, el sentido trascendente y el desvanecimiento en *el todo* requiere determinados contextos, medios apropiados que justifiquen la aplicación de ciertas técnicas y estilos precisos. Tan sólo bajo los velos del ornamento, de la vestimenta, de la cromática, de la composición regulada, del estilo codificado, puede encontrarse el latido original del *Tao*, tímidamente reflejado en la fruición estética del receptor occidental u oriental.

No parece desatino pensar que una racionalidad desplazada sea el motor que genere el proyecto *Zen*. Apunta Jesús Mosterín que "*la racionalidad nos permite domar el destino en la medida en que ello es posible y conocerlo y aceptarlo en lo que tiene de inevitable*", y aunque pueda seguirse la reflexión basándonos, de forma indistinta, en principios dualistas de lógica occidental o de primitiva filosofía china, se puede alcanzar la *fusión* a través de una ficción poético-estética agotadora del campo de lo posible.

Como estado posible de belleza, al cual se aspira voluntariamente y se tiende con una disciplina de aprendizaje, el *Zen* configura una poética ficcional esperanzadora, basada en la anulación total de las ficciones generadas por la realidad.

A veces, una simplificación interpretativa, una cierta miopía analítica, edulcorada por aspectos folklóricos, exóticos y místéricos, lleva a concluir deducciones irreflexivas que no soportan la mínima prueba de rigor. Sólo actitudes pseudopoéticas, impresionistas e irresponsables pueden generar interpretaciones *zenistas* de carácter preciosista y huero, en las que una irracionalidad tópica y mal digerida desborda cualquier pretensión de lógica racional.

La racionalidad (*goo-ri-sei*) se aplica al método y genera sistema, establece la meta y valora la aproximación, calibra su dificultad y justifica su tendencia. La racionalidad sólo prescribe allí donde se da el destello, la luz potente, el rayo o *hikari* (*Kô*) capaz de producir el *satori*. Desde una perspectiva occidental, y a manera de una aproximación válida, podría entenderse como la "caída del caballo paulina", la *llamada en el camino de Damasco* que ilumina de forma automática todas las acciones posteriores y acelera la emoción pasional (*netsu-joo-teki na*) hacia un estadio absolutamente contrario a la razón (*doo-ri ni hanshita*) personal e intransferible.

La percepción de la auténtica realidad es un verdadero misterio y, como bien reza el *Tao-te-King*: *la puerta de todas las maravillas*. A través de los signos externos, poemas, representaciones, danzas, se puede pre-disponer el estado de gracia para la visión espontánea de la belleza. La *forma significativa* de estos signos externos, en palabras de Ananda K. Coomaraswamy, muestra las re-

laciones internas de las cosas. *Zen* es seguir el camino de la vida, aceptar, comprender, concentrar la atención sobre la vida misma, como una pincelada de pintura *Sumi-e* que discurre fluida y sin retoque, para representar estática todo el movimiento interno de lo representado.

**“Las flores han caído:  
Ahora nuestras mentes están  
Tranquilas.”**

Irracionalista en esencia, el *Zen*, con sus terapias de choque, con sus preguntas desconcertantes (*koans*) y con su *iconoclastia*, termina por reproducir un sistema distinto pero equivalente al del dualismo que niega. Es precisamente en esta reproducción, en donde radica la clave de la ficción estética. Racionalizada la idea de un mundo mejor, de una evasión fundente y unitiva — verdadera antesala del Uno Absoluto— la práctica *Zen* se vuelca en el logro de que una idea aceptada de antemano como verdadera, entre otras razones porque puede conducir a una cierta felicidad y armonía del ser humano, se convierta en verdadera en el sistema ideológico que le ofrece cobijo. La *auto-eco-re-organización* (E. Morin) que le asegura integridad, identidad, autonomía y perpetuación le permite también relacionarse en la *noosfera*<sup>2</sup> con entidades estéticas que hacen patente, y a veces visible, el mecanismo del paradigma.

Como muy acertadamente expone Douglas Hofstadter, "*el Zen tiene su propia clase*

<sup>2</sup>.- A la expresión *noosfera*, forjada en los años 20 por Teilhard de Chardin, podría corresponder el *mundo-3* de Karl Popper: un producto del espíritu humano, constituido por asuntos espirituales y culturales, que adquiere existencia propia.

*específica de significación, de lucidez y de claridad*". Si bien los *koans* no se encuentran cargados de la suficiente información para infundir iluminación, pueden ser considerados disparadores de los mecanismos internos del entendimiento que conducen al *satori*.

La inmensa paradoja *Zen*, al igual que una cinta de Möbius, se retuerce en su propio sistema. El *Zen* es un auténtico sistema que no puede ser al mismo tiempo su propio meta-sistema.

**“¿Cuál es el budismo más elevado?”  
Tozan respondió: “No es Buda”**

Siempre queda algo fuera de la comprensión *zenista*, en los márgenes del sistema, que no permite su descripción. La estética intenta transformar la idea o, cuanto menos, soportarla. Entonces, todo el aparato racional de "unidades culturales" se pone en funcionamiento, al servicio de una ficción irracional. Pero ¿qué se entiende por ficción irracional?

En primer lugar, el alejamiento consciente e insistente del "aquí" y del "ahora", la aceleración de los estados y de las actividades, la jerarquización de los valores y el alimento del interés que crea esos mismos valores, son factores y actividades que pueden entenderse como constituyentes de racionalidad; constituyentes éstos integrantes de los ecosistemas occidentales y occidentalizados, que para salvar su racionalidad se autoafirman y convierten en racionalización.

Evidentemente, desde esta perspectiva, el *Zen* pasaría a ser una ficción, en tanto que se diseña como una configuración sistemática ilusoria. Y también sería una irracionalidad, en cuanto que se aleja de la coherencia del sistema con el que se compara. La ortodoxia

de un sistema racional no puede, en modo alguno, anular la *autodoxia* de otro sistema de ideas enajenado, antitético o contrario al campo de acción de aquél. Al mismo tiempo, ninguna lógica puede nombrar irracionalidades basándose en un criterio de absoluta verdad. La unión entre lógica, coherencia, racionalización y verdad es imposible de mantener "*cuando se sabe que una coherencia interna puede ser racionalización (delirio)*" (E. Morin). Por tanto, sojuzgar la lógica puede ser un delirio racionalizador y desbordarla puede constituirse en una extravagancia irracional.

El aperturismo del proceso racionalizador verdadero conlleva una lógica inacabada y su racionalidad nos puede conducir a los límites de la razón, "*a las fronteras de la enormidad de lo real*" (E. Morin). Es ésta la puerta abierta a la poesía.

El holismo absoluto del *Zen*, su postulación de la totalidad, funciona realmente como una mística encaminada hacia la disolución del "yo" o consecución del *muga* o "no-yo". Pero, evidentemente, la disolución verdadera sólo se obtiene a través del tránsito irreversible de la muerte<sup>3</sup>, a través de la mimesis absoluta con el *vacío total*.

Ante la imposibilidad de constatar esa disolución en vida, la irracionalidad se poetiza en una ficción estética completamente racionalizada y adaptada a la meta de todos los *do* posibles.

La enseñanza *Zen*, el *I Shin den Shin (kokoro kara kokoro)*, "de mi espíritu a tu espíritu" ("de mi corazón a tu corazón"), pone en

<sup>3</sup>.- Al respecto, son de gran interés las posturas modernas sobre *escatología* cristiana propugnadas por K. Rahner y Leonardo Boff, que tienen como fundamento reflexivo la tematización de la fe, el principio de esperanza y las pulsiones naturales del hombre.

práctica, desde una perspectiva pragmática, la irracionalidad de la *asemantización* (?) o de la *desemantización* (?) como una auténtica coartada ante la impotencia lingüística de un referente inexistente. La ficcionalidad de lo imaginario y su relación con la verdad es "el dispositivo estructurador o dominante" (J. M. Pozuelo) del conjunto de todas las artes posibles *Zen*. En esta circunstancia, el símbolo se potencia y adquiere un primerísimo valor semiótico, dando buen ejemplo de ello las disciplinas guerreras relacionadas con el *Budo*, como el *judo*, el *kendo*, el *aihido*, el *kyudo* y el *karate-do*; así como otras artes ligadas a la vida cotidiana, ya sea el *ka-do* ("vía de las flores") con el arreglo floral o *ikebana* que presidirá el *tokonoma* (lugar preferente de la casa japonesa), o el *cha-do* ("vía del té") en la compleja ceremonia del *cha no yu*.

Cuatro subestéticas fundamentales trenzan la ficción estética *zenista*: la estética de la simetría (*furyu*), la estética de la sencillez (*sabi*), la estética de la humildad ante los resultados (*wabi*) y la estética del vacío (*ku*). Estas estéticas insuflan su racional sentido al *zazen* o "meditación sentada" y al *asobi*, técnica o arte de todos los *do* o caminos hacia la perfección del espíritu.

Según el pensamiento *taoísta*, uno de los fundamentos básicos del *Zen*, la naturaleza humana, debido a su triple posesión de materia, espíritu (*renxin*) y vacío, garantiza la plena armonía con el Vacío Original. La nostalgia del "*regreso al origen*" otorga sentido a cualquiera de las estéticas y al entendimiento de todas las actividades derivadas del ejercicio práctico. Sin embargo, la belleza incolora, la apreciación de la simplicidad o la ejecución perfecta, captaciones sustitutorias del entendimiento, no dependen de una "li-

bre intuición "ni de una "loca irracionalidad". La renuncia a todo preciosismo, retorcimiento o complacencia estética, ya sea en el *suiboku* (técnica de tinta china negra y agua), en el rastrillado de arena de los jardines de piedra o en la copia de sutras (*shakyo*), denota una perfecta comprensión del *shibumi*, la captación sistemática de actitudes profundamente humanas.

Al margen de la experiencia, considerada en sí misma personal e intransferible, el *Zen* se conforma como un sistema cultural reducido, vitalizado por una auténtica ficción estética (< aisqhsiV : "*perceptible por los sentidos*") que responde a método y racionaliza disciplinas, procesos, objetivos y un sistema de ideas capaz de generar adeptos, susceptible de ser analizado y discutido, con entidad suficiente para soportar su propia paradoja de transmisión y de permanencia en el tiempo.

**“El Buda predicó cuarenta y nueve años y, sin embargo, su lengua sabia jamás se movió.”**

### Bibliografía básica en español

- BASHÔ, Matsuo (1983): *Haiku de las cuatro estaciones*, Miraguano Ediciones, Madrid.
- BUSSAGLI, Mario (1971): *Qué ha dicho verdaderamente Buda*, Doncel, Madrid.
- CLEARY, Thomas (1991): *La esencia del Zen*, Kairós, Barcelona.
- COOMARASWAMY, A. K. (1980): *El tiempo y la eternidad*, B.E.T. Taurus, Madrid.
- COOMARASWAMY, A. K. (1986): "La belleza es un estado", en *Cielo y Tierra*, nº 15, vol.5.
- DESHIMARU, T. & IKEMI, Y. (1990): *Zen y autocontrol*, Kairós, Barcelona.
- HAMMITZSCH, Horst (1983): *En la nieve la rama florecida*, Ediciones Teorema, Barcelona.
- HOFSTADTER, D. R. (1989): *Gödel, Escher y Bach. Un eterno y grácil bucle*, Tusquets, Barcelona.
- MANZANO Y TAKAGI (Selección) (1985): *Haiku de las estaciones*, Teorema, Barcelona.
- MORIN, Edgar (1992): *El Método. Las Ideas*, Cátedra, Madrid.
- MOSTERIN, J. (1987): *Racionalidad y acción humana*, Alianza Universidad, Madrid.
- MOSTERIN, J. (1993): *Filosofía de la cultura*, Alianza Universidad, Madrid.
- POPPER, K. R. (1973): *La lógica de la investigación científica*, Taurus, Madrid.
- POZUELO, J. M. (1993): *Poética de la ficción*, Síntesis, Madrid.
- THOMAS, Raymond (1984): *Zen Do*, Ediciones Teorema, Barcelona.
- THOMAS, Raymond (1986): *Sabi-Wabi-Zen*, Edicomunicación, Barcelona.
- WATTS, A. W. (1975): *El camino del Zen*, Edhasa, Barcelona.

WATTS, A. (1992): *Esto es Eso*, Kairós,  
Barcelona.

WOOD, Ernest (1990): *Diccionario Zen*,  
Paidós, México, 1990.